XXV

EL CAMINO DE BAGDAD

Yo leía con afán y sin descanso, y me produjo al fin una ridícula sorpresa la convicción de que todas mis lecturas no me habían enseñado nada útil, ni siquiera me daban facilidades para el estudio, y que mis brillantes conocimientos no pasaban de ser un velo sutil extendido sobre mi profunda ignorancia. Sentí entonces los funestos resultados de la bifurcación y las consecuencias fatales de no haber aprovechado las lecciones de Geometría, que me dió el señor Mesange adormecido al son de los violines. Comprendí, algo tarde, que solamente las Matemáticas pueden fortalecer y aclarar las inteligencias, que nuestros profesores de Literatura nos convertían en instrumentos vacíos y sonoros, en formas vanas, incapaces de toda labor seria. Se lo dije a mi padre, y bajo su dirección y con ayuda de hábiles profesores, a los que me recomendó, estudié las Ciencias exactas, la Química y la Historia natural, no para poseer algunos conocimientos, sino para ponerme en condiciones de adquirirlos. Así aumenté y ordené mi comprensión. Desgraciada-

mente aumentó de igual modo mi petulancia; en el seno de la familia me hice insoportable, y sólo mi timidez me libró de serlo para todo el mundo. Con mi funesta perspicacia, que me perjudicó tantas veces en la vida, comprendí que los razonamientos de mi padre no siempre eran fundados, y me propuse reformar su desarrollo de un modo impertinente y estúpido.

Las cualidades evidentes que empezaban a manifestarse dentro de mí no eran de las que pueden obtener un empleo fructuoso en la sociedad. Yo no sabía elegir una carrera oportuna; mi padre y mi madre apenas me ayudaron en esa elección: mi madre porque me juzgaba capaz de conseguirlo todo, y mi padre porque nunca me creyó apto para nada.

Entre tanto Fontanet adquiría una erudición a la violeta y costumbres elegantes, que le permitieron desdeñar la casa de los señores Danquin y atender solamente a los ricos y a los aristócratas. Alsine, Máximo Denis y yo fuimos presentados por él en un salón del barrio de Saint-Germain, discretamente célebre por su enemiga contra el Imperio, y que no era muy asequible; pero la Iglesia, la soberana demócrata, introdujo allí jóvenes de clase humilde con la esperanza de que apareciera entre ellos otro Veuillot. Allí acudían viejos pares de Francia y antiguos diputados de la Asamblea Nacional, académicos, aristócratas; y todos ellos, a pesar de hallarse distanciados de nosotros por su posición elevada,

nos acogían con esa bondad afable que distingue a los defensores de causas perdidas. Allí he tomado el te, sin sentarme ni soltar de la mano el sombrero, mientras escuchaba con atención, a pesar de los codazos que me daba Fontanet, a un viejo polemista famoso que después de combatir durante sesenta años, como Lusignan, por las glorias de Dios, elocuente y apasionado aun como un joven, denunciaba a las generaciones nuevas los crímenes de los jacobinos y los atentados de Bonaparte, con un entusiasmo que le hacía verter, sin darse cuenta, la taza de te en su sombrero. Las señoras permanecían en uno de los salones, sentadas en fila como en los teatros. En su mayor parte, a mi juicio, debían a la vida rural su color sano, sus modales independientes y su tono algo subido; pero en ninguna sociedad encontré mujeres como aquellas, tan sencillas en su porte y en sus palabras, pertenecientes a familias muy linajudas.

Aquel núcleo de personas me pareció muy respetable; no me desagradaba pero tampoco me divertía, y no volví a comparecer por aquella casa.

Fontanet me presentó también en dos o tres salones del mundo de los negocios, donde los jóvenes dispuestos a bailar eran siempre bien acogidos. Por desgracia yo valsaba deplorablemente. También Fontanet valsaba mal, pero como él no conocía sus defectos, su mucha despreocupación encubrió su poca destreza. La casa donde fuí mejor atendido, y por lo tanto donde disfruté más, fué la del inge-

niero Airiau, oscurecido aun en aquella época, en el primer impulso de su ambición. Improvisaba entonces su lujo y su fortuna en un hermoso piso de la plaza Vendome. La sociedad francesa de aquel tiempo vivía en constante regocijo. Sin presumir de muy versado en estos asuntos, creo poder asegurar que los señores Airiau daban magníficos bailes. Indudablemente me fascinó el primero a que asistí.

Alumbradas por miles de bujías y de prismas de cristal que hacían resplandecer los brillantes y las perlas, reflejadas en los hermosos espejos de Saint-Gobain que maravillaban entonces a los hombres más graves, rodeadas de plantas de estufa, de ramos y ramilletes donde la naturaleza se mostraba más artificiosa que el arte: las mujeres, con adornos de pluma en la cabeza y los cabellos lustrosos como alas de ave, imitaban todas el aspecto y el tocado de la emperatriz Eugenia, su escote, y hasta su graciosa caída de hombros. Balanceaban sus miriñaques enormes, que ahora nos parecen burlescos, pero que se imponían con la autoridad de la moda, y que los predicadores denunciaban desde el púlpito como atavíos monstruosos inventados por los diablos del infierno, agitaban con sus abanicos de pluma el aire cálido y perfumado, hablaban a media voz, sonreían gratamente, se movían con voluptuosidad, encantaban a los hombres maduros y a los viejos, enloquecían a los jóvenes, que nos creíamos transportados a un mundo fascinador.

La señora Airiau, a la cual visité en su día de recepción, era menos sencilla en sus modales que aquellas damas de los viejos hoteles del barrio de Saint-Germain, pero era mucho más agradable. Delgada y pálida, parecía una heroína de novela de Octavio Feuillet. Las mujeres lamentaban que tuviera el cutis marchito, y ella hacía lo posible por ocultarlo. Yo solamente supe ver en su bello rostro los ojos de violeta, la nariz fina y la boca melancólica. La señora de Airiau lucía como un adorno su tristeza, que la hizo más interesante; y en realidad no era muy dichosa. La entretenían sus inclinaciones literarias, y hablaba de Mireya con los ojos humedecidos por el llanto. Mi carácter no la desagrada, y no tengo motivos para ocultarlo, porque su inclinación hacia mí sólo puede ofrecer un concepto honroso de aquella señora, ya que mi encogimiento, mi timidez, mi turbación, mi desconfianza en mí mismo, me daban apariencias de virtud y aspecto inocente.

La señora de Airiau me dió un día la *Vita Nuova*, libro que admiraba ella, y que me entusiasmó sin llegar a comprenderlo del todo; pero en literatura no es necesario comprender para entusiasmarse. En el cambio de impresiones estuvimos de acuerdo. Así, Dante Alighieri nos aproximó espiritualmente de una manera digna de él. Como se acostumbra entre personas de buena sociedad, para demostrarme su creciente simpatía la señora y su marido me invitaron a sus reuniones íntimas y a sus banquetes de hombres.

Se reunían allí banqueros y bolsistas, ingenieros y negociantes, un tenor de la Ópera, un ministro de Turquía, un diplomático persa. Después de comer, en la salita de fumar, el señor de la casa abría un mueblecito de palisandro, sacaba de sus múltiples cajones cigarros negros y rubios, largos y cortos, de varias formas y distinto aroma, que ofrecía con prodigalidad prevista, pues correspondió siempre la importancia del cigarro con la de la persona; y era tan diestro en aquel reparto, que al parecer ofrecía igualmente a todos sus huéspedes la flor de la Habana. Instruído por aquel ejemplo, descubrí poco a poco un fondo de tacañería bajo su magnificencia.

Airiau estudiaba entonces una gigantesca empresa, no realizada todavía y que variará el eje de la civilización: el ferrocarril de Bagdad. Se le consideraba hombre de negocios, de talento práctico; pero él tenía empeño en que le supusieran filantrópico y humanitario. De los viejos sansimonianos que habían contribuído a formar su carácter, conservaba un idealismo industrial, una especie de misticismo económico, un sentimiento poético de los asuntos que imprimía a sus concepciones mercantiles un carácter de generosidad que pudiera comunicar al charlatanismo la unción del apostolado.

Interesado—decía—, por el impulso que conduce a las naciones hacia la unidad, consideraba la Industria y la Banca como las dos energías bienhechoras que, valiéndose de la asociación de los pueblos

arraigarían un día la paz universal. Pero como era francés y patriota, concebía la paz de un modo napoleónico y deseaba la unión de las naciones impuesta exclusivamente por Francia, la cual presidiría los Estados Unidos del mundo.

Al hablar de sus empresas en el Asia Menor, cruzaba el Taurus, el Amanus y el Eufrates, y recorría las orillas del Tigris. Absolutamente admirable, a mis ojos, removía millones y se preocupaba del ahorro de un céntimo; tenía, como Napoleón, la facultad de insistir en cada uno de los detalles sin perder de vista el conjunto.

Ignorante y romántico, también se complacía como Napoleón en evocar a su paso los más famosos nombres de la Historia: Babilonia, Nínive, Alejandría, el sultán Aroun-al-Raschild. Y aquel hombrecillo moreno, de bigotes afilados como un subteniente, crecía de un modo maravilloso cuando hablaba de despertar por el silbido de sus máquinas de vapor a los toros alados del palacio de Sargón. Eran también napoleónicas su confianza en su buena estrella, su optimismo comunicativo y la profunda convicción de que sólo se pierde definitivamente un asunto cuando se lo considera perdido.

Su voz encontraba sublimes acentos para dirigirse a todas las orientaciones políticas: legitimistas, orleanistas, imperialistas, republicanas; y a todas las capacidades: sabios, ingenieros, artistas, industriales, banqueros y poetas. Tampoco dejaba de

nvitar al gigantesco banquete de la Civilización a todos los obreros y a todos los campesinos.

Un día que fuí a visitarla, me dijo la señora de Airiau que su marido preparaba para dentro de tres meses un viaje de exploración a las orillas del Tigris, y que le agradaría llevarme de secretario particular.

—En ese viaje—añadió la buena señora—podría usted adquirir muchos conocimientos que aseguraran su fortuna. No me conteste usted ahora de pronto. Reflexione; consulte con sus padres; y luego hable con mi marido.

XXVI

EL DOLOR DE FELIPA GOBELIN

El sol de termidor extendía sus ardientes rayos sobre los muelles, el río y los jardines. Yo entraba en el Louvre con una familiaridad respetuosa; un frescor pegajoso impregnaba las salas desiertas de la escultura antigua.

Ante aquellos restos de un arte único, junto al cual todo es miserable y deforme, sentime invadido por el entusiasmo y el desaliento. Abismado en una banqueta ante el Arés Ludovisi, me poseía un ansia de vivir y de morir, un mal delicioso, una tristeza infinita, una embriaguez de horror y de belleza; sentí al mismo tiempo un deseo insensato de verlo todo, de saberlo todo, de conocerlo todo, de adivinarlo todo, junto a un desaliento infinito que me inclinaba a no pensar, a no sentir, a entregarme al encanto de no ser.

Recorrí las galerías pobladas de estatuas, y vagué entre aquellas figuras de naturalidad estudiada, que no sólo expresan la armonía de los cuerpos, sino también la armonía de los mundos, y nos ilustran en todo lo que podemos concebir acerca del Uni-

verso. Poco a poco, bajo la influencia de un arte bello y preciso, concebí claras ideas y firmes pensamientos, que me inducían a mirar con serenos ojos la vida y la muerte, los dos aspectos de la Naturaleza semejantes entre sí como Eros y Anteros, esas dos criaturas esculpidas en los sarcófagos antiguos.

Pasé luego a las salas asirias; y ante los toros alados con rostro humano del palacio de Sargón, resolví acompañar al ingeniero Airiau en su viaje por aquellos países, hacia los cuales me atraían la esperanza de hacer fortuna, una curiosidad generosa y razones muy varias, como el deseo de ver la tumba de Zobeida, que no era de los menos apremiantes.

Creo, sin afirmarlo, que la influencia de la señora de Airiau influía mucho en mi determinación. Me había impulsado en aquel empeño con sus ojos de violeta y sus múltiples encantos exaltadores de mis ansias juveniles. Aquel viaje me alejaba de ella y sin embargo yo lo emprendía por sus bellos ojos que se quedaban en París. Ahí tenéis uno de los rasgos de mi carácter.

Intranquilizaron a mis padres las fatigas, los peligros y una prolongada ausencia, pero me dejaron decidir libremente y no discutieron mi resolución, seguros de que todo era difícil; y cuando yo hablaba de aquel viaje, mi madre me sonreía con los ojos llenos de lágrimas.

Al acercarse el Año Nuevo, las calles de París parecían hileras de colosales cajas de bombones y

de juguetes, de confituras, de bisutería y de peletería, que la bruma y la escarcha envolvían como algodones y tela de embalar.

Iba yo a despedirme de mi bondadoso padrino, de quien apenas me había ocupado en los últimos meses, y le encontré sentado en un sillón, empequeñecido, con la cabeza del tamaño de un puño, las piernas hinchadas, y un inusitado aspecto de tristeza, herido gravemente por la enfermedad del corazón, de que debía morir. Enarboló una revista de paleontología y me dijo:

—¡No creen en la existencia del hombre fósil!

Una risa dolorida removió los dijes de su leontina sobre su vientre ya enflaquecido.

La señora Danquin, completamente inválida, ocupaba otro sillón al otro lado de la chimenea entre sus dos muletas, sin haber perdido su alegría natural. Me habló de todas las jóvenes que más la interesaron: las Bondois, Edmé Girey, Elisa Guerrier, y lamentaba no verlas nunca. Me anunció un importante suceso: el matrimonio de Magdalena Delarche con el doctor Renaudin, acaso un poco viejo para ella, hijo de sus obras, falto de recursos pecuniarios, pero de mucho porvenir.

—Magdalena—me dijo—es hermosa, distinguida; la llamaban «el amor sagrado» por sus ojos ensoñadores y su esbelta figura. Tiene además un bonito dote.

Después de meditar un instante la señora Danquin prosiguió:

—Mi marido y yo no nos pusimos aún de acuerdo acerca del regalo que debemos hacer a Magdalena; mi marido quiere regalarla un servicio de café de plata; yo creo que un par de candelabros lucirían mucho más en el salón de un médico. Hay que deslumbrar a la clientela... A la señora Delarche no la satisface del todo esa boda; pero me decía, muy atinada en esto: «Los hijos deben casarse a su gusto, y no a gusto de sus padres...»

Nos despedimos cariñosamente.

—Pedro—me dijo alentado mi bondadoso padrino—, si encuentras algún objeto prehistórico en las orillas del Eufrates, acuérdate de mí.

Pocos días después de la fiesta de Año Nuevo fuí a despedirme de las señoras Gobelin, que vivían en el piso más alto de una casa de la calle de Bac, bajo el jaulón de vidrios azules que ocupaba un fotógrafo sobre el tejado. En aquella casa de muchos inquilinos había numerosas industrias. Los comercios de te, de porcelanas chinas, de telas de Oriente, perfumaban las tiendas y el entresuelo. En las puertas de todos los pisos había placas de cobre que declaraban las artes y oficios ejercidos detrás de aquellas puertas. En el primero se leía: «Eugenia, modas»; en el segundo, «Hericourt, médico-dentista»; en el tercero, «Señora Hubert, costurera»; en el cuarto una tarjeta clavada con cuatro alfileres lucía esta inscripción: «*El Hijo de María*, revista semanal». Las señoras Govelin habitaban sobre el piso cuarto. Encontré a Felipa, larguirucha y desgalichada como de costumbre, con los cabellos lacios, los ojos pequeños, la boca grande, abrumada por la tristeza. Era difícil suponer la edad de su madre, blanca y pálida, con los ojos sin expresión y las mejillas como de papel de seda machucado. Aquellas dos mujeres se dedicaban a iluminar fotografías de niños. Les di cuenta de mi viaje. La señora Gobelin me dijo que los Danquin la enteraron ya de mis propósitos. Felipa, con los labios contraídos, no dijo nada; me pareció que se dolía de no haber sido la primera en saberlo, y le agradecí el reproche que me pareció leer en sus ojos.

Para borrar aquella impresión con inequívocas muestras de interés, le pregunté si expondría en el Salón un cuadro de miniaturas, y le prometí enviarle desde Bagdad alguna de aquellas acuarelas persas que tanto la gustaban.

Entonces se animó y rebozó su tristeza con una alegría ruidosa.

Su madre me mostró una azalea que había sobre el piano.

—Vea usted—me dijo—: el amable señor Danquin, que no suele celebrar los días de santos, envió a Felipa este regalito en el aniversario de su nacimiento.

Miró a su hija con ternura recelosa y añadió:

—Felipa nació el veinte de enero, y no en época tan lejana que ya sea inoportuno celebrar su cumpleaños.

—Sí—dijo Felipa—, nací el veinte de enero, bajo el signo infeliz de Acuario.

Y con un tonillo de agorera que dice la buena ventura, prosiguió:

—Las personas que nacen bajo el signo de Acuario olvidan el paraguas en casa cuando va a llover. Si estrenan sombrero, pasan por una calle bajo un balcón donde riegan tiestos y reciben un chorro de agua sobre la cabeza. Si hace viento les cae sobre la cabeza un tiesto florido. Padecen frecuentes catarros.

—Eres una loca—suspiró la señora Govelin.

Felipa continuó sus chuscadas; pero comprendí que hacía esfuerzos para no llorar. Supuse que mi viaje motivó la profunda tristeza que no conseguía ocultarme, y comprendí que me amaba. Nunca lo imaginé hasta entonces; por el contrario, siempre me pareció advertir mayores preferencias hacia otros amigos, con los que se mostraba más efusiva y familiar. Sin embargo, mi repentino descubrimiento no me sorprendió. Inmediatamente consideré su amor verosímil, natural, en el orden de las cosas. A mi juicio, la perspicaz inteligencia de Felipa, su gusto delicado, su filosófica razón, la imponían aquel sentimiento.

Me pareció, si no bonita por lo menos más agradable. La conversación languidecía; esperé que me dijese entre los últimos adioses y con sus labios muy cerca de mi oído: «No se vaya usted», y estaba decidido a responderle: «Bien, Felipa; me

quedo.» Entonces la felicidad reflejada en su rostro me colmaría de júbilo. ¡Quién sabe! Acaso la felicidad pudiera embellecer aquella interesante criatura. «Sufre muchas transformaciones», pensé.

Llegó el momento de irme. De pronto advirtió Felipa que la estufa se apagaba, y quiso reanimar el fuego. Cuando me despedí, ella tenía en una mano el cubo y en la otra el gancho.

—Me causa envidia—me dijo—pensar que va usted a recorrer maravillosas regiones... Si yo pudiera, también viajaría... Adiós, Pedro.

Desde la escalera la oí gritar, a la vez que atizaba el carbón:

—¡Esta maldecida estufa!

Bajé lentamente, y en el descansillo donde se anunciaba *El Hijo de María* me di a reflexionar:

«Ella no me ha dicho nada; tampoco ha dejado adivinar nada. Tal vez la presencia de su madre, su discreción, su delicadeza... Sin embargo, no me parece oportuno retroceder para decirle: ¡Me quedo!»

Dejé paso a una señora de mucho volumen que iba a casa de la corsetera, y proseguí mis reflexiones:

«Es interesante, simpática; la estimo, me inspira una especie de admiración; pero no la amo, no podré amarla jamás. Ni se me ocurre casarme con ella. ¿Cómo sacrificarle mi vida?...»

Mientras reflexionaba esto, mis ojos tropezaron con la muestra del dentista, que me produjo una penosa impresión y me incitó a bajar apresurada-

mente. Un suave perfume de lirio se hacía notar en la puerta de la señorita Eugenia, donde me detuve un momento:

«No, no admito que esa pobre criatura sea desdichada por mí, que enferme, que acaso muera. Volveré mañana; acecharé el momento propicio para hablarle a solas; provocaré sus confidencias, o tal vez logre adivinarlas... Entonces le diré: ¡Me quedo! Y al verla salvada, seguramente despertará mi ternura.»

Saboreaba ya por anticipado las delicias del sacrificio, cuando en el descansillo del entresuelo encontré a la señorita Elisa Guerrier. Nunca me soprendió tanto el color frío y marmóreo de sus mejillas; más que de mujer, daba la sensación de una diosa inmortal o de un animalito selvático. ¡Tan lejana y misteriosa!... Quedéme, como de costumbre, anonadado en su presencia, y no supe qué decirle.

—Baja usted de ver a la señora Gobelin. ¿Cómo ha encontrado a Felipa?

—Bien, bastante bien...

—¿No le ha dicho nada? ¿No le ha dejado entrever nada?

—No...

—¡Tiene mucha energía!

Yo balbuceé:

—Sí, ella...

—Buena falta le hace para soportar el terrible disgusto que le han dado.

—El disgusto...

—Sí, el matrimonio del doctor Renaudin con Magdalena Delarche.

—¡Ah! El matrimonio del doctor Renaudin...

—¡Pobre Felipa! En realidad, Renaudin no la quiso jamás, pero se lo dió a entender. Ella le ama con locura, y él se casa con Magdalena Delarche ¡por el dote! No serán felices. Y entre tanto Felipa morirá de pena.

La señorita Guerrier rió con risa forzada y maldijo las locuras de las mujeres.